

Huellitas

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
DIVISION SUMINISTROS

LIBRO DE LECTURA PARA 3^{er} GRADO

EDITORES:
J. PEUSER LDA.

POR A. PASTORIZA

PRECIO
\$ 1.40

APROBADO POR EL
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Depl.

“HUELLITAS”

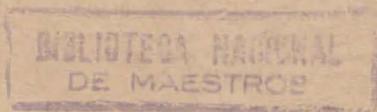
*U. R.
C. N. de E.
Esp: 2410/B/93*

LIBRO DE LECTURA PARA TERCER GRADO

POR

AGUSTÍN PASTORIZA

30.545



BUENOS AIRES

475935—TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

1933

242X200

Al Señor Ezequiel Soria

Fundador del Teatro Nacional

Respetuosamente.

EL AUTOR.

PRÓLOGO

QUIEN examina los textos de lectura actualmente en uso, nota sin esfuerzo, que sólo están escritos para los niños de la Capital Federal. Acomodan su visión a este ambiente de metrópoli, erigiéndolo en centro predominante alrededor del cual gira el desarrollo de la obra. Hablan de Palermo, del Balneario, del Puerto, de la Avenida de Mayo, de los peligros del tráfico, de los monumentos, plazas y exposiciones, todos motivos, tipos y escenas de esta ciudad. En cambio, dejan envueltas en mortecina penumbra a las catorce provincias y a las diez gobernaciones. Es necesario rectificar esa mezquina perspectiva que impide a los niños porteños conocer en su cabal amplitud la propia Patria. ¿Por qué presentarles este panorama unilateral y falso, que no sólo conspira contra un bien entendido nacionalismo, sino que cercena a los ojos del educando la integridad misma de la República al disminuirla en su verdad geográfica, económica y social? Y a la vez,

los niños de las provincias y gobernaciones ¿qué interés pueden encontrar o qué utilidad obtener de textos de lectura que sólo les hablan de la metrópoli? Obligados a leer en tales libros, lógicamente se sienten lejos de la realidad del ambiente y extraños a una vida que nada tiene que ver con la suya. El interior de nuestra República posee una fisonomía propia, diferenciada e inconfundible. Costumbres, virtudes, vicios, necesidades locales, centros afectivos, definidos por otros tantos factores de índole social, higiénico y económico, son características que un texto de lectura debe interpretar con fidelidad, si es que también aspira a influir con eficacia en el alma, en los ideales y en la vida de los niños de campaña. Por eso el libro «Huellitas» surgió para llenar ese vacío, ajustándose a la verdad social, histórica y geográfica del federalismo argentino.

Se gestó sobre las bases siguientes:

1º Coloca tanto al niño de provincia como al de la metrópoli en sus propios y respectivos escenarios. Los hace protagonistas en el teatro natural en que cada uno de ellos vive, obra y piensa. Los sorprende dentro de la realidad diferenciada que los circunda, describiendo no sólo escenas exclusivas de la Capital Federal, sino también las de tierra adentro, fiestas nativas, costumbres tradicionales, tipos populares y todo lo que contribuya a dar sensación original del ambiente de campaña. Con ese eclecticismo restaura el equilibrio roto por la unilateralidad de los actuales

textos de lectura, creando a través de la distancia la comprensión y el conocimiento mutuos entre todos los niños argentinos, a fin de que en ellos adquiriera sentido integral y afectivo el vocablo Patria.

2° Combate los vicios más comunes en nuestros campesinos, tales como el juego de la taba, la riña de gallos, la coca, el curanderismo, etc.; robusteciendo, en cambio, sus virtudes viriles, su devoción por la destreza, la libertad y el valor.

3° Da normas higiénicas de acuerdo a las características regionales. Trata de la lepra, que flagela a Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe; del paludismo, que azota a Tucumán, Salta y Jujuy; de la fiebre tifoidea, cuya difusión es sorprendente en todo el interior de la República por la carencia de servicios públicos de aguas corrientes. Correlativamente, aspira a desarraigar las malas prácticas relativas a la higiene personal y de la vivienda, tales como la costumbre de construir el corral muy cerca de las habitaciones y beber el agua de la misma represa en que lo hace el ganado.

4° Considerando que la riqueza de la República reside casi por entero en la agricultura y la ganadería ¿cómo podríamos aceptar un texto de lectura que no contemple esa faz predominante de la vida nacional y que absorbe la actividad de toda nuestra campaña? Por eso este libro de texto se dirige al hijo del ganadero y del labriego, realza las ventajas de la vida de campo, propendiendo, a la vez, a extirpar

la rutina en todos los órdenes. Aspira a que la sociedad de tierra adentro se incorpore al progreso y obtenga el bienestar económico al transformar los usos primitivos de la aldea. Y al plasmar la nueva generación en tales moldes, sueña con un porvenir mejor, donde el «mensú» de Misiones, el bracero que se exila en el quebrachal santiagueño o el peón que sufre atenuada esclavitud en los ingenios de Tucumán y Jujuy, aparecerán dignificados con todas las prerrogativas y las armas del hombre culto.

5° Dado que en la familia campesina no entran diarios, revistas ni libros; y que los otros factores de difusión cultural, como el teatro, el cine, la radio, las conferencias, etc., ejercen en ese medio una acción limitadísima, se ha querido que el texto de lectura supla en lo posible esa orfandad espiritual, erigiéndolo en el solícito amigo del hogar humilde.

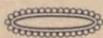
6° Este libro no olvida la unidad argentina; por sobre el estudio de los escenarios parciales, su visión superior y dominante, asciende hasta abarcar ese todo que se llama Patria, exaltando nuestras glorias comunes, héroes nacionales, instituciones básicas y todo lo que propenda a fortalecer nuestra personalidad de nación.

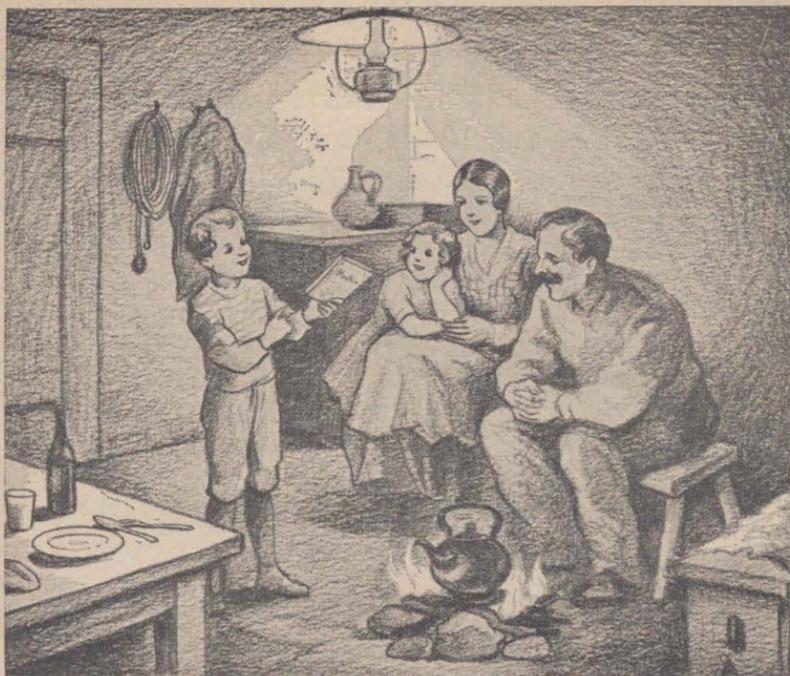
7° Con motivo de la amplia discusión promovida alrededor del texto único, se aceptó una verdad fundamental, punto de convergencia de todas las opiniones, en el sentido de reconocer la diversidad de modalidades existente entre la metrópoli y el interior

de la República, lo que provocaba la necesidad de un texto de lectura más general, que tuviera siempre presente esos dos medios diferenciados, a fin de no caer en la unilateralidad o el exclusivismo. Los educadores más autorizados y la prensa argentina por la voz de sus grandes diarios, resolvieron, pues, desde el punto de vista de la doctrina, tan vital asunto. La conveniencia de un texto de lectura que tuviese en cuenta a la vez la metrópoli y la campaña argentina, quedaba reconocida como una exigencia impostergable, impuesta por la realidad de la vida y de las cosas. De ahí que el libro «Huellitas» surgió para consagrar en la práctica lo que de la trascendental polémica sólo quedó como un postulado teórico y una aspiración abstracta.

8° Esta modesta obrita ha querido ser un breviario infantil, útil, justiciero y humano. Se dirige con preferencia al sentimiento de los niños, insinuándose al corazón, a fin de que germine bondadosamente su siembra. Si en mínima parte siquiera alcanzara el ideal que persigue, habría obtenido un premio altísimo comparado con las muchas imperfecciones de que adolece.

EL AUTOR





EL AMIGO

LA cena ha terminado en el rancho del labriego. La familia conversa, formando rueda, a la orilla del fogón. Es un cuadro de felicidad y de amor. De pronto, el padre dice:

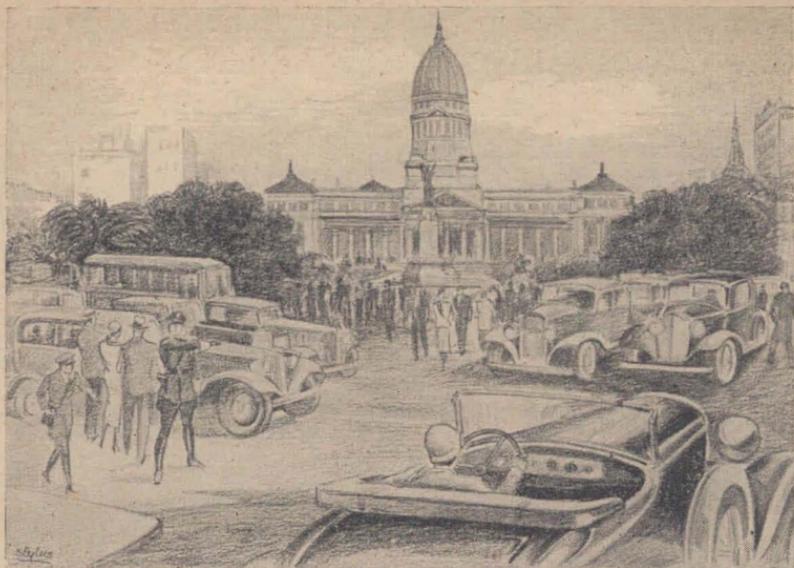
— Aquí falta nuestro amigo.

Ernestito, adivinando lo que su padre quiere decir, trae su libro de lectura. Todos escuchan lo que el

niño lee. Son enseñanzas bellas y útiles. Después de comentar la lectura, el padre agrega:

— En esta aldea no recibimos diarios ni revistas. El libro de lectura de Ernestito es el único amigo que nos habla de las cosas de la vida y del espíritu. Que siempre esté presente en nuestra cena.





LA CAPITAL FEDERAL

POR primera vez Ramoncito visitaba la Capital Federal. Venía desde Jujuy. ¡Cómo lo maravilló el espectáculo de Buenos Aires! Edificios, población, plazas, museos, avenidas, puerto, tranvías y actividad comercial. Ramoncito quedó cohibido al recordar su humilde aldea. Se sentía un extranjero. Su padre, díjole:

— Hijo, Buenos Aires es la capital de todos los argentinos. Enorgullécete con ella. Las provincias y

gubernaciones contribuyen a su grandeza. Allá se cría el ganado, se siembra el trigo y se extrae el metal. Por el puerto de Buenos Aires vendemos esos productos a las demás naciones y recibimos los que nos hacen falta. Esto es lo que labra su prosperidad y su riqueza.





MADRE PROVINCIANA

QUÉ buenas son las madres de provincia! No temen atender un hogar numeroso. Ven la felicidad en sus hijos. No salen a trabajar a las fábricas, pero realizan todos los quehaceres domésticos. Cosen, remiendan, lavan y planchan. Arreglan la casa y cocinan. Tejen en invierno. Sus hábiles manos son milagrosas. Tienen también un espíritu culto. Aman la sociabilidad, cuidan un rosal y enseñan a sus hijos la primera oración y la cartilla.

La de Sarmiento fué un modelo de madre provinciana.



EL ALEMANCITO

DESDE hoy tenemos un nuevo compañerito. Es hijo de alemanes, rubio, alto y pelado al rape. Dijérase que creció de golpe. Usa una gorrita que apenas le cubre la coronilla. Se llama Otto y aun no conoce nuestra lengua.

— Cuando habla parece que tuviera una pajita en la garganta — dice bromeando Daniel.

— Sólo escribe en gringo — agrega Alfonso.

La maestra, notando que remedábamos su pronunciación dificultosa, nos aconsejó así:

— Los idiomas extranjeros tienen su belleza y su utilidad como el castellano. Muchos son hablados por las naciones más civilizadas de la tierra. Acojamos con benevolencia al inmigrante, y si es posible, aprendamos su lengua, pero sin descuidar nunca el cultivo de la nuestra. Esto nos hará más cultos y sabios.





EL PUERTO

QUÉ animado espectáculo presenta el puerto de Buenos Aires! Es la ciudad de los buques. Unos llegan, otros parten. Traen y llevan correspondencia, pasajeros y cargas. Van y vienen de todas las partes del mundo. Son los eternos vagabundos de los mares. ¡Cuánta actividad en este intercambio de hombres y productos! El puerto de Buenos Aires es la puerta siempre abierta por donde la República Argentina envía sus riquezas y recibe las de otras naciones.



UN FANTASMA

UNA noche, Mercedes no podía dormir. Estaba con un fuerte dolor de muelas. De pronto, oyó un ruidito extraño junto a su cama.

Muy asustada, escuchó. Y una vocecita fina empezó a hablarle al oído. ¿De dónde provenía? Era un cepillo de dientes, que por tener la misión de entrar a la boca, había aprendido a hablar. El cepillo, moviendo sus bigotitos de cerda, le dijo:

— Niña, sufres dolor de muelas porque nunca me usas. Tienes que emplearme, untado con creta, por lo menos una vez después de cada comida. Y así como

te acuerdas de comer, no debes olvidarte de mí. De cada 100 niños que asisten a las escuelas de las provincias, 81 sufren de caries por no solicitar mis útiles servicios — y diciendo esto, el cepillo empezó a caminar a saltitos sobre el mango y se colgó, cabeza abajo, de un clavo del tocador.





EL BARATIJERO

BARATO! ¡Vendo barato! — así va gritando por los callejones de la aldea el turco Salomón. Lleva un atado de géneros y una canasta con baratijas. De ella cuelgan cucharones, espumaderas, cacerolas, juguetes y otros objetos. Su cesta parece un sonajero.

— Es una cabrita *madrina* — dicen los campesinos, al ver cómo los chicos salen atraídos al paso de su bulliciosa mercancía. Las muchachas del pueblo le compran telas de vistosos colores porque están cercanas las fiestas de carnaval. Doña Zoila le cambia

una cacerola por una junta de pollos. Pepito adquiere una musiquita de boca.

— ¡Barato! ¡Vendo barato! — Y don Salomón sigue recorriendo los callejones del pueblito con su capital al brazo. Su repleta cesta tiene para los niños el codicioso atractivo de una canasta de Navidad.



VOCABULARIO:

Madrina. *Dícese del animal que guía a los demás llevando un cencerro.*

EL RUEGO DEL LIBRO

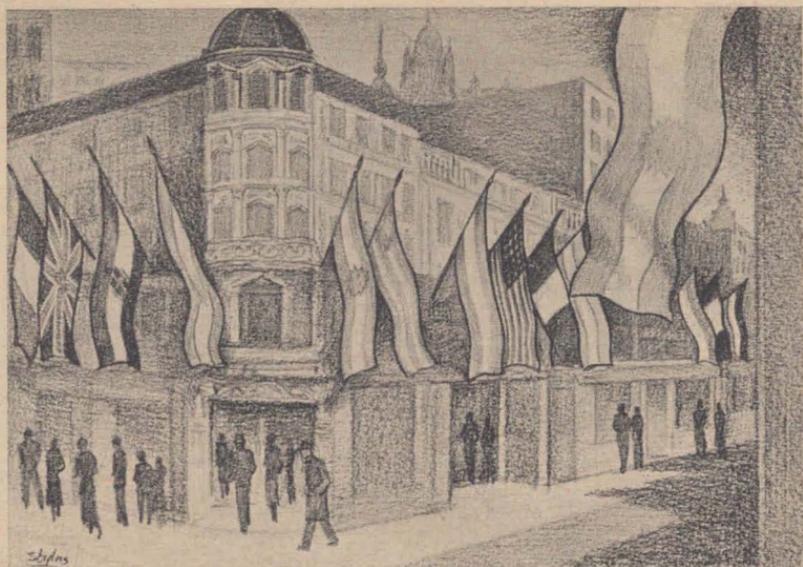
HE aquí, niña mía,
que me han hecho tu amigo;
he aquí que cada día
conversarás conmigo.

Ponme una ropa oscura,
la ropa de labor;
trátame con dulzura,
cual si fuera una flor.

Mi saber es liviano,
mi saber no es profundo.
Niña, me das la mano
y yo te muestro el mundo.

Mis hojitas nevadas
piden sólo un favor:
de tus manos rosadas
un poquito de amor.

GABRIELA MISTRAL.



LAS BANDERAS

EN un 25 de Mayo, Javier paseaba con su padre por las calles céntricas de Buenos Aires. El niño notó con sorpresa que casi todos los edificios estaban adornados con banderas argentinas y extranjeras. Para satisfacer su curiosidad, preguntó:

— ¿Por qué la nuestra flamea confundida con las banderas de las demás naciones?

El padre, repúsole:

— Es que todas ondean hermanadas por el mismo

júbilo. La República Argentina cultiva la más profunda amistad con las otras patrias. Llama y acoge a los extranjeros. Por eso, si lucen sus banderas, no es para obscurecer la nuestra. La acompañan gozosas en esta fiesta de la libertad y la concordia.





EL CABRITO

No hay plato más ansiado en las provincias que el cabrito al asador. Es apetitoso y tierno. Dorado a fuego lento y delicadamente condimentado con hojitas de romero, tiene todas las virtudes del más exquisito manjar. Por eso constituye el bocado fuerte, ya se trate de una excursión campestre, o de celebrar el día del santo o de un cumpleaños.

En cuanto a presentes, no hay en provincias mejor obsequio para «quedar bien». El cabrito no tiene que pasar de tres o cuatro meses de edad. Es

en ese tiempo, cuando nos sabe mejor, cuando se pone a «punto»...

Para celebrar el día del santo de Josesito, su papá hizo preparar un cabrito. Ante su plato servido, el niño exclamaba:

— ¡Cómo huele! ¡Dan ganas de no dejar ni los huesitos! ¡Si no fuera por papá, olvidaría los cubiertos para gustarlo a diente limpio! Pero... ¡qué lástima que en vez de José no me llame Domingo, pues así festejaría mi santo todas las semanas!...





LA PEQUEÑA MADRINA

DESPUÉS de muchos ensayos, Javiera aprendió a tejer calcetines. Los primeros que hizo, fueron para sus muñecas. Luego, terminó un bonito par en lana celeste para el «Bebé», su hermano pequeño. Pero Javiera ha seguido tejiendo otros muchos, con igual cariño, y a los que fué guardando en una caja de cartón.

— ¿Piensas viajar al polo? — preguntábale su tío, al notar cómo la niña gastaba sus ahorros en adquirir nuevas madejas, para transformarlas en delicados calcetines, de tonos y tamaños diferentes.

Cuando su mamá visitó el Hospital de Niños, Javiera la acompañó, llevando su caja con la alegría de quien conduce un tesoro. Allí repartió sus calcetines entre los enfermitos.

Javiera dice que quisiera ser la madrina de todos los niños pobres.





AVENTURAS DE UNA HORMIGUITA

CIERTA vez, un niño dejó atado al respaldo de una silla uno de esos globitos de gas con que suelen jugar los chicos, llevándolos sujetos en la punta de un hilo. Una hormiguita curiosa, atraída por el color rojo de la flotante bola, decidió treparse por la cuerda. Pero, en un traspiés, tuvo que morder tan fuerte para no caerse, que el fino hilo se cortó y el

globo comenzó a elevarse llevándose la hormiguita por los aires.

— ¡Socorro! ¡Socorro! — gritaba desesperada, pero pronto estuvo a gran altura, surcando el espacio al impulso de una suave brisa. Tranquilizada un poco, y viendo que ya era imposible descender, resolvió efectuar el viaje con el mayor provecho. Ante todo, había que bautizar al globito, y púsole por nombre «*Zeppelin*», reservándose para ella el título de capitana de la nave aérea. Como la hormiguita había asistido a la escuela (a una escuela de hormigas, se comprende) recordó que su maestra siempre repetíale cuán útil era viajar. Y se dispuso a realizar observaciones provechosas desde su diminuto dirigible.

II

LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN

Lo primero que llamó su atención fué que sólo había casas y ciudades al costado de los caminos y de las líneas del ferrocarril. El progreso buscaba la facilidad del tránsito para manifestar su vida de inquietud y de actividad. Esto la hizo meditar sobre la importancia que tienen las vías de comunicación en la prosperidad de los pueblos, y exclamó convencida:

— ¡Ahora comprendo cuán grande sería una nación que estuviera cruzada en todas direcciones por ferrocarriles, canales y caminos!

III

DEBEMOS DEFENDER LOS BOSQUES

Siguiendo su crucero, se percató de que el agradable paisaje que hasta entonces iba contemplando, empezaba a cambiar. Ahora, divisaba una zona desierta, muy triste y desolada. No se veía un hombre, una planta ni un pájaro. Aguzó su mirada y sólo pudo distinguir algunos troncos de árboles resecos que habían caído tronchados por el hacha. Esto la hizo recordar que en la escuela le enseñaron que no se debía talar los bosques, cortando los árboles sin método, porque los terrenos fértiles se transforman en un erial, donde desaparecen para siempre las lluvias. La hormiguita, pesarosa ante la muerte de la selva, dijo para sí:

— ¡Qué bueno sería que los campesinos defendieran los bosques y no los diezmaran con saña!

IV

¡OS LLAMA EL CAMPO!

Continuaba la hormiguita plácidamente su vuelo, cuando notó que la atmósfera comenzaba a ponerse espesa por el humo y el hollín. Un gran estrépito, difuso y ronco, llegaba hasta la altura.

— ¿Qué pasa? ¿De dónde sube este murmullo? — se preguntó con ansiedad.

Pronto tuvo la explicación. Las chimeneas de las fábricas, las torres de las iglesias, las cúpulas de los altos edificios, la actividad del puerto, el intenso movimiento de hombres y vehículos, en fin, todo el bello espectáculo de una gran capital, eso fué lo que no tardó en contemplar maravillada la hormiguita desde su flotante observatorio. Y al ver el exceso de gente que se apeñuscaba, hasta estorbarse, en una misma ciudad, mientras ella acababa de recorrer tantos campos despoblados, viniéronle ganas de gritar:

— ¡Obreros, trabajadores extranjeros que desembarcáis en el puerto, no os quedéis en la capital! ¡Marchad al interior de la República donde sois más necesarios!

V

EL REGRESO

De pronto, el viento cambió de dirección. ¡Cuánta alegría para la hormiguita viajera! ¡Qué dicha volver al seno de los suyos! Mientras tanto «*Zeppelin*» regresaba rápidamente, desandando el camino recorrido. Cuando estuvo de nuevo sobre el cielo de su aldea, la hormiguita quiso bajar a tierra, pero ¿cómo hacerlo? En eso vió pasar un halcón y le dijo suplicante:

— Toma el hilo de «*Zeppelin*» en tu pico y hazme bajar hasta mi casita.

— Lo que tengo es hambre y me vendría muy bien si te comiera — le contestó el ave de presa.

La hormiguita, temblorosa, corrió a esconderse entre los pliegues de la boca de «*Zeppelin*», y pensó para sí que lo mejor era confiar en las propias fuerzas antes que pedir la ayuda de los malos. Después de mucho ingeniarse para descender, picó la goma del globo, y éste al desinflarse, comenzó a bajar con la suavidad de un paracaídas. Y la hormiguita aterrizó con toda ventura, llenando de felicidad a los que ya desesperaban de su vuelta.





CRUCES

DESPUÉS de la comida, Juan, rodeado por sus hermanitos, examinaba la composición que le había corregido la maestra. Tenía varias faltas.

— Tu deber ha merecido muchas condecoraciones. Mira las cruces que le hizo la maestra — decía bromeando Pirucha.

— Tu deber tiene vergüenza, está muy colorado — observó Sarita, haciendo referencia a las correcciones con tinta roja.

Juancito, paciente y cariñoso, contestó sin enfadarse:

— ¡Esperen! Los errores no son tan graves ni son tantos. Leeré las correcciones:

colorado... y no *colorao*

prestar y llenar en vez de *emprestar y enllenar*

Antonio y no *Antoño*

decir y no *dicir*

despertar y no *dispertar*.

El padre, que había estado escuchando la animada conversación de los pequeños, pidió el cuaderno a Juancito, y díjole:

— Las faltas en que incurriste son muy comunes en los niños de provincias. Te haré una lista de palabras usuales que se prestan a confusiones parecidas.

Y luego, golpeando suavemente su cabecita, agregó sonriente:

— Espero que estas cruces indiquen que los errores no resucitarán en los deberes próximos.



AZUL Y BLANCA

SALVE, salve, salve,
bandera bicolor,
que tienes en tus mallas
prisionero al sol.

Cruzaste llanuras,
salvaste montañas,
orlados tus flecos
con lauros de hazañas.

Amazona y madre,
jamás tus patriotas
mordieron el polvo
de horribles derrotas.

Bajo el palio agosto
que forma tu manto,
se amparan los tristes
y enjugas su llanto.

Salve, salve, salve,
bandera bicolor
que tienes en tus mallas
prisionero el sol.

TEODORO PALACIOS.



EL CARTERO DE CAMPAÑA

EL cartero de la villa, montado a caballo, hace el reparto de la correspondencia. Distribuye las cartas, diarios y pequeñas encomiendas. Los vecinos lo estiman por su honradez y diligencia. El cartero tuvo con Pepito una conversación muy importante.

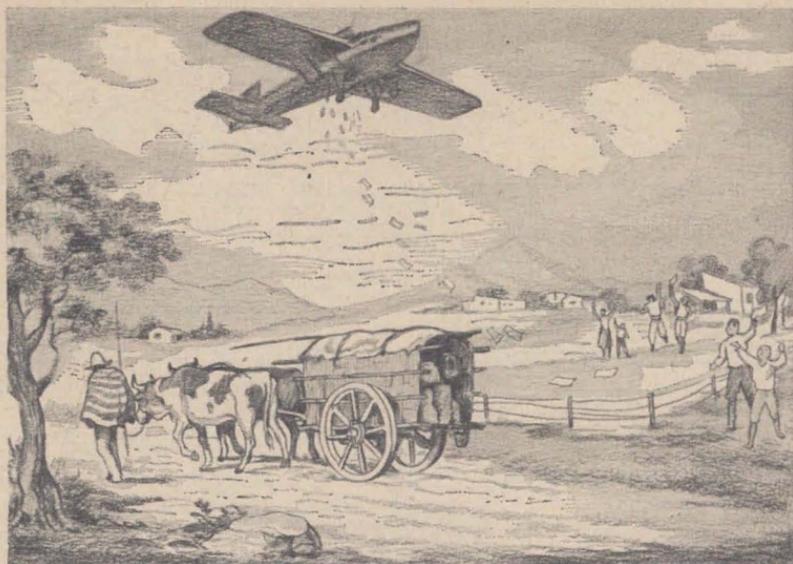
— Le daré trabajo. Escribiré mi primera carta —
dijole el niño con la seriedad del que anuncia una gran noticia.

— Espero que colocarás la dirección con exactitud, y no como algunos acostumbran, que en vez de calle y número, ponen: «*Al otro lado del turco Jorge*». También confío que pegarás la estampilla en la esquina derecha y superior del sobre, y no atrás, haciéndola servir como remache de la cerradura — advirtiéndole el aludido.

— Creo que no incurriré en esas faltas, pues la maestra nos enseñó a redactar una carta y cómo se llena la cubierta — contestó el niño.

Hoy, Pepito puso en el buzón su primera carta. Lo hizo con la misma solemnidad con que suele introducir los cinco centavos en su alcancía.





UN MENSAJE

MIRA aquel puntito gris en el cielo!
— ¡Allá... tras de aquella nubecita!
— ¡Oh! ¡Es él! ¡Cómo avanza!

Tales fueron las exclamaciones que la multitud fué lanzando cuando el aeroplano apareció sobre el cielo de la tranquila aldea. Todos los vecinos se habían trepado a los techos de los ranchos, a la copa de los árboles y a la cima de las lomas, para contemplar el paso del maravilloso pájaro mecánico. Por primera vez un aeroplano surcaba el horizonte de aquellas

lejanas regiones. ¡Qué júbilo! Entre aplausos y vivas, la multitud batía sus pañuelitos como queriendo poner alas en las almas y seguir en bandada a este nuevo rey de los espacios.

El aeroplano, retribuyendo las manifestaciones de entusiasmo, hizo un majestuoso círculo en los aires. Luego, arrojó una lluvia de papelitos blancos que fueron cayendo con la temblorosa gracia de los pilpintos. En los papelitos se leía este mensaje:

«*Campesino:*

Soy el progreso; no me temas. Confía en mi poder y olvida la carreta.»



VOCABULARIO:

Pilpinto. *Especie de mariposa pequeña.*



CARNAVAL CAMPESINO

Es carnaval! ¡Qué júbilo en la aldea! La alegría se vuelca por sus callejones floridos. Los hombres, montados en el mejor caballo y luciendo plateados aperos, van de rancho en rancho para bailar y cantar. Las mozas embellecen esa fiesta. Juegan al carnaval, empolvándose con almidón y tirándose ramitos de albahacas fragantes. De vez en cuando, algunos baldes de agua, arrojados por sorpresa, desparraman a las muchachas que huyen bulliciosas para

evitar el baño. Danzan al son de bombo y violín, juegan a las prendas y realizan «topamientos». ¡Y en todo la gracia de algún viejo travieso que dice cosas alegres!

Después del entierro de carnaval parece escucharse en los callejones el eco lloroso de las vidalas.



VOCABULARIO

Topamiento: *Ceremonia que se realiza en carnaval y por la que dos amigas se comprometen a ser comadres.*

Vidala: *Canto triste del paisano.*



VISITA AL MUSEO HISTÓRICO

RÓMULO tenía predilección por la Historia. Don José de San Martín era su héroe favorito. ¡Cómo despertaba su imaginación ante la grandeza de este soldado que fué libertando pueblos desde el Plata al Perú! En su fantasía de niño, veíalo como al más gallardo de sus granaderos, pleno de gloria y de poder. El maestro, al notar la sincera admiración de Rómulo por el patricio, lo invitó a visitar el Museo Histórico, donde se conservan los muebles de la habitación en que él murió. Cuando el niño estuvo al frente de esa humilde reliquia, sintió una profunda decepción. Con-

trariamente a lo que esperaba, los muebles eran muy pobres y hechos de madera lisa. Una cama, un escritorio, una chimenea, algunas sillas, un sofá y varios cuadros en la pared. En todo la sencillez y la humildad. ¡Ni un detalle siquiera donde asomara la riqueza y el poderío del hombre, que de haberlo querido, pudo ser el amo de muchas naciones! Al comprobar la sorpresa del niño, el maestro díjole:

— Convéncete, Rómulo. En esta pobreza voluntaria murió el que fué señor de las batallas.

Y al escucharlo, el niño creyó ver vagar por aquella triste piecita la sombra venerable del anciano, cuya obscura muerte de desterrado, se le presentaba ahora más gloriosa que su misma vida.



LA REPÚBLICA ARGENTINA

LA República Argentina constituye una familia. La forman diez hermanitas menores, que son las gobernaciones; catorce hermanas mayores de edad, que son las provincias; y el Distrito Federal, que por residir allí las autoridades que gobiernan toda la Nación, podríamosle llamar padre o jefe del hogar común. ¡Qué unidas son estas hermanas! Aunque independientes entre sí, reconocen que surgieron por el sacrificio de los mismos antepasados heroicos. Modulan idéntico canto de gloria: el Himno Nacional. Se cobijan en la seda azul y blanca del manto común que es la Bandera. Y en el pecho de cada una, se abre con la gracia de una fresca florecita, la Escarapela de la Patria.





LAS CALESITAS

Es día domingo. La mamá regaló a Félix una moneda de veinte centavos.

—A ver..., a ver... —decía el niño haciendo cuentas. — Si compro chocalatines, no me vendrían mal. Però, las bolitas, esos ojitos de cristal., ¡cómo me tientan! ¿Me decidiré por ellas? ¿Y las masas fresquitas que vi en la confitería? ¡Qué contratiempo! ¡Y eso que veinte centavos son una fortuna! ¡Con razón decía papá que no todos los ricos son felices!

En estas cavilaciones estaba Félix, cuando sintió la música alegre de un organillo vecino.

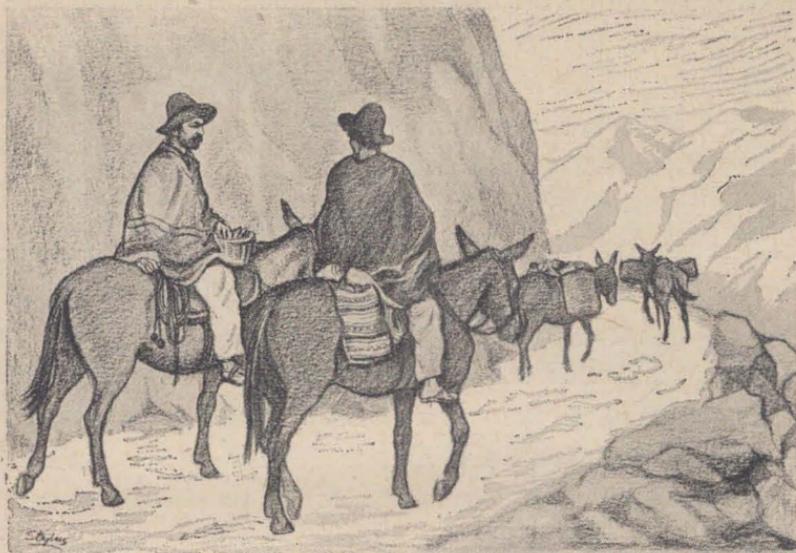
— ¡Ya está! ¡Iré a las calesitas! ¡A las calesitas!
— exclamó con resolución, y se dirigió a la esquina próxima, donde la víspera se habían instalado unas calesitas.

Una multitud de chicuelos se apiñaba para disputarse un sitio. Félix montó en un caballito de alborotada crin azul.

— Esto es mejor que subir en el cabo de la escoba,
— decía orgulloso el pequeño jinete.

Mientras tanto, los niños entonaron una alegre canción, acompañando al organillo. Y las calesitas, seguían dando vuelta, dando vuelta, como una gran sombrilla de colores, donde felices se hubieran reunido los pequeñuelos para reír y cantar.





LA COCA

IBAN dos arrieros conduciendo ganado por las montañas de Jujuy. Desfallecían de hambre, sed y cansancio. Uno de ellos, dijo:

— Dame más *coca*, hermano.

— Ya masticamos la última hoja — respondióle el otro.

— ¡Preferible hubiera sido quedarnos sin mulas a que nos falte la *coca*! — exclamó el primero con desesperación.

Este diálogo da una idea de lo indispensable que resulta para los paisanos del Norte masticar la *coca*. Son hojas de sabor acre que se extraen de un arbusto. Se las hace secar y después se las acondiciona en canastas en forma de tamborcitos. Masticarlas constituye un vicio funesto. El paisano se engaña creyendo que las hojas de *coca* amortiguan la sed, calman el hambre y alivian la fatiga. Tales efectos son pasajeros. Lo único durable son los resultados fatales del veneno que ellas contienen; y que se llama cocaína. Este veneno, al principio, quita el sueño, y al fin, embrutece y mata. El vicio es tan terrible que los pobres paisanos llegan al extremo de trabajar por unos tambores de *coca*, recibéndolos como único dinero.

¡Que nunca un niño mastique la primera hoja!





EL AMIGO DE LOS PÁJAROS

HABÍA un niño que era muy bueno con los pájaros del bosque. Nunca les arrojaba piedras ni destruía sus nidos. Lleváballes semillitas, recreándose con sus cantos y la belleza de sus plumajes. Las avecillas, agradecidas, amaban a su pequeño protector. ¡Con qué placer veían aparecer su rubia cabecita entre las ramas del follaje! Pero, una vez, el niño cayó enfermo y dejó de ir al bosque. Como era huérfano y pobre, no tenía juguetes, y se moría de tristeza y de pena.

— ¡Pobrecito! ¡Vamos a visitarlo! ¡Le llevaremos la alegría a su cunita! — dijeron las avecillas.

Y todas emprendieron el vuelo a la casita del niño. Luego, empezaron a desfilar por su cunita. El primero en entrar fué el canario. Entonó sus dulces trinos, y díjole:

— Niño, soy el organito de los humildes.

Después, pasó una bandada de gorriones, y dando saltitos, le cuchichearon así:

— Somos la comparsita del barrio.

En seguida, irrumpieron las cotorritas y le contaron, charleras, todas las novedades del bosque.

— Somos chiquilinas en recreo — le dijeron al despedirse.

Desfilaron los cardenales con sus bonetes rojos.

— Somos los soldaditos.

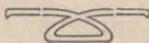
Llegó el turno al buho, y examinándolo fijamente, habló así:

— Soy el doctor.

Al fin, entró una blanca tortolita, que gimiendo sus tiernas quejas, le dijo con dulzura:

— Soy tu madrecita.

El niño, alucinado, sonreía de placer. Luego, se durmió dichoso y soñó con sus amiguitos, los pájaros.





LA LIBRETA VACÍA

A CURRUCADITA en su banco, con el rostro escondido entre las manos, Susana lloraba silenciosamente. La maestra, advirtiendo el llanto de la apenada niña, díjole con voz cariñosa:

— Cuéntame por qué lloras.

La pobre chica, entre sollozos y con el temor de quien confiesa una falta, repuso:

— Perdóneme, señorita. Hoy tampoco traje las monedas que nos pidió, y no podré comprar las estam-

pillas para mi libreta de ahorro postal. Mi madre sigue enferma y nada gana. En cambio, veo que algunas de mis compañeras tienen casi llena la libreta.

— Consuélate, Susana mía. No me interesa la cantidad de dinero que puedan ahorrar tus compañeras ricas. Tus lágrimas de hoy son el mejor tesoro de tu libreta vacía.

Y la niña, al sentirla, enjugó su llanto y la miró con honda ternura como hermanando en el mismo amor a su maestrita buena y a su madre enferma.

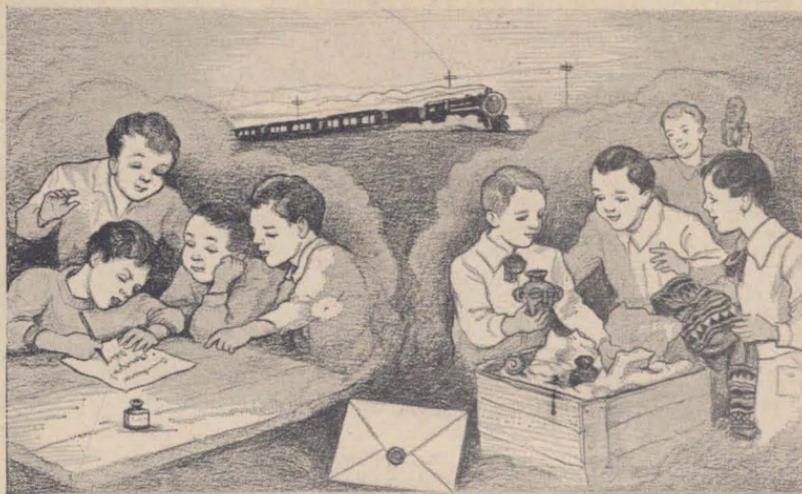


LLUVIA

CAE la lluvia, y hacendosamente
limpia la blanca faz de las casitas.
Cae la lluvia, y lustra y dora el riente
campo de tréboles y de margaritas.
Cae la lluvia, y sobre los cristales
ensaya ritornelos musicales.
Cae la lluvia, y el pueblito, a modo
de un niño, en sus follajes tiembla todo.
Cae la lluvia, y yo también tiritito:
¡Si no soy más que un árbol del pueblito!

ERNESTO MORALES.





CARTA

Belén, Provincia de Catamarca, Julio de 1932

A los alumnos de tercer grado de la Escuela N° 17 del Consejo Escolar 19, Buenos Aires.

Los alumnos de tercer grado de la Escuela N° 28, de Belén, enviamos un cariñoso saludo a nuestros compañeritos de la Capital Federal. Ya que por la distancia no podemos visitarnos, les dirigimos este afectuoso mensaje. Y a fin de que conozcan mejor la Provincia de Catamarca, al pie de una de cuyas sierras se le-

vanta nuestra humilde escuelita, acompañamos a esta carta una encomienda. Deseamos que las cositas que contiene sirvan para el museo de esa escuela. En la confianza de que ellas serán bien recibidas, nos despedimos con todo cariño, sintiéndonos sus hermanitos.

Firmado: *Los alumnos de tercer grado.*

II

LA ENCOMIENDA

Los alumnos de tercer grado de la Capital Federal, abrieron con toda ansiedad la encomienda a que hace referencia la cartita anterior. Con sorpresa, encontraron en ella curiosos objetos. Y cumpliendo el deseo de sus amiguitos de Catamarca, los incorporaron al museo escolar. He aquí la lista de ellos:

1° Un trocito de algarrobo, árbol típico de esta provincia.

2° Tres vellones de lana, de llama, guanaco y vicuña.

3° Un ponchito y una frazada en miniatura, ambos tejidos por manos criollas y teñidos con tintas de la localidad.

4° Piedras de estaño y cobre, extraídas de las minas catamarqueñas.

5° Varias estatuillas de barro, obras de los indios Diaguitas, primeros pobladores de esos valles.

— ¡Qué lástima que no se hubieran acordado de enviarnos los ricos dulces y alfajores de Catamarca! — exclamó Remigio, mientras contemplaba con curiosidad un idolillo indígena.





EL CEMENTERIO DE LA ALDEA

UNA tarde, José y su padre salieron a caminar por los alrededores de la villa. Cuando llegaron al extremo del arbolado callejón, se dieron con un sitio silencioso, al que rodeaba una tapia blanqueada con cal. Desde afuera sólo se distinguían los brazos de algunas cruces y las puntiagudas copas de los cipreses.

— ¿Cómo se llama este lugar? — preguntó el niño.

— Es el cementerio del pueblo. Entremos a visitarlo — contestó el padre, y tomando al niño de la mano, traspusieron el viejo portón.

¡Qué dulce reposo reina en el cementerio de la aldea! ¡Qué sueño tranquilo y amable duermen los muertos en ese apartado rinconcito de paz! Las tumbas son sencillas y pobres. No tratemos de leer sus borrosas inscripciones, porque las madres de la aldea no saben expresar, escribiendo, su dolor, sino llorando arrodilladas junto a la humilde cruz de palo.

Padre e hijo recorrieron los floridos caminitos sumidos en piadoso silencio.

De pronto, José se detuvo ante una tumba, cuyo jardincito, manchado de sol y visitado por los pájaros, le daba toda la cariciosa dulzura de un regazo.

— ¿Quién descansa en esta tumba, papá?

— Fué la maestra del pueblo. Sus niños no la olvidan. Siempre le traen flores. Y cuando los chicos faltan, los pájaros la alegran por ellos...

— Adiós, maestra buena — dijo el niño al alejarse, derramando una lágrima como quien deja caer una flor.





ARBOLITO DE NAVIDAD

Es noche de Navidad. Hernandito desea dulces y juguetes. Su pobre madre nada puede darle. El niño, entristecido, recuerda a los chicuelos del vecino, a quienes vió cargados de obsequios y golosinas.

— ¡Qué alegre es Noche Buena para los otros niños!
— dijo Hernandito, juntando sus manecitas vacías.

La madre, húmedos los ojos, abrió la puerta de la pieza, y díjole a su hijo:

— Contempla la noche.

¡Qué maravilloso espectáculo! Las luciérnagas cruzaban las tranquilas sombras, rayándolas de luz con

sus ojitos luminosos. Su vuelo semejaba un milagroso fuego de artificio.

— ¡Las estrellitas tomaron alas, mamacita! — exclamó el niño, alucinado ante esas caprichosas luces de bengala.

Luego, las luciérnagas se posaron en el rosal del jardín. El rosal floreció en rosas de luz... La madre besó a su hijo, y díjole:

— Dios ha encendido tu arbolito de Navidad.



EL JARDÍN BOTÁNICO

EN una tarde alegre y clara, Manolo salió de paseo con su padre. Cuando llegaron a Plaza Italia, el niño se sintió atraído por una animada multitud que se volcaba en todas direcciones. Dirigiase a la Rural, al Zoológico, al Parque 3 de Febrero, al Jardín Botánico. Este último sitio fué el elegido por nuestros visitantes. Al penetrar en el Jardín Botánico, Manolo lo hizo con la felicidad de un chicuelo aprisionado que encuentra una azotea grande y florida para jugar. Árboles en desorden de bosque, cantos de aves, fuentes, césped, estatuas y flores. Aleteándole las naricillas y con una rosa de salud en el rostro, conducía a su padre por todas las sendas de aquel mundo encantado de los árboles.

El padre díjole:

— ¿Qué notas al pie de cada planta?

El niño observó con sorpresa que todos los ejemplares tenían una pequeña placa consignando su nombre científico y la designación criolla con que los

llamaba el pueblo. Además, descubrió que los vegetales estaban clasificados según los continentes a que pertenecían. Comprobó, al fin, que cada una de las catorce provincias y las diez gobernaciones argentinas, aparecía representada por los árboles propios de su suelo y clima.

El padre, agregó:

— Nuestro Jardín Botánico es un libro vivo. Su estudio es un recreo. Lo leeremos con frecuencia.



EL CABALLO DEL POBRE

EL asno es el caballo del pobre. Se adapta, por su mansedumbre y sobriedad, a los múltiples oficios a que la pobreza del amo lo destina. Traer los comestibles del almacén, acarrear la leña para el fogón, transportar el agua desde el arroyo, en fin, para todas las faenas caseras el asno resulta tan cómodo como el mismo muchacho de los mandados. No necesita herraduras ni mayores cuidados, y hasta su color, el pardo, condice con su modestia. Los muchachos suelen verificar con él sus primeros ensayos de jinetes, montándolo en pelo y con medio bozal, sin que del aprendizaje les resulte otro peligro que el de sufrir uno que otro revolcón. ¡Y qué cuadro gracioso y amable, cuando dos o tres niños — toda una familia — enhorquetados en un mismo asno, llegan a la apartada escuelita de una serranía! En tales casos, el asno, como tomando a lo serio la responsabilidad de su populosa carga, pareciera caminar más ceremonioso, con toda la solícita tranquilidad de un abuelo. Es que tiene para los niños docilidad de cachorro, en tanto devuelve al amo en utilidades todas las privaciones que sufre.



LA COSTURERITA

CECILIA, niña de cinco años, había notado que al sobretodo del papá le faltaba un botón. La pequeña quiso colocárselo. Aprovechó el momento en que su padre se sacó el sobretodo y lo llevó a la pieza contigua. Muy seria, enhebró la aguja y empezó a coser el botón, que era demasiado grande para sus manecitas.

— ¡Cecilia, estás rayando el disco del gramófono!
— le dijo bromeando Jorge.

Pero Cecilia, sin perder la postura de una persona mayor, continuó con prolijidad y esmero su trabajo. Y como se diera un pinchazo, se colocó el dedal de la mamá.

— ¡Mira, Cecilia, que te has puesto en el dedo la galera de papá! — díjole Jorge, siempre ocurrente.

Ella, que comprende las bromas cariñosas de su hermano, no se enfada y sigue trabajando. En ese momento, entró el papá, sorprendiendo en su tarea a la pequeña costurera.

— A esta viejecita sólo le faltan los anteojos — díjole el padre, abrazándola cariñosamente.

Él sabe que Cecilia tiene un corazón bondadoso. Es la misma que siempre escoge la mejor rosa del jardín para adornar el florero de su escritorio y la que nunca se acuesta sin arrodillarse ante el retrato de la abuelita que había muerto el año anterior. La costurerita, sonriente de satisfacción, ayuda a su padre a ponerse el sobretodo, y le dice muy seria:

— Me resultó más difícil que colocar los botones a mis muñecas.



JUGANDO AL TEATRO

ERA un 25 de Mayo. En la casa de Emilia va a celebrarse una fiestita patriótica. Con tal motivo invitó a sus primitos, pequeños amigos de colegio y a otros niños de su relación. Reinaba gran entusiasmo. Pedrito, al que los Reyes le habían traído un uniforme de granadero, hizo las veces de San Martín. Javier, vestido con un traje a la moda antigua, representó con toda propiedad a Belgrano. Entre aplausos, y después que todos los niños cantaron el Himno Nacional, San Martín y Belgrano, salieron al escenario, manteniendo el siguiente diálogo:

Belgrano. — Preparé la Revolución de Mayo.

San Martín. — Vine de España para poner mi espada a su servicio.

Belgrano. — Improvisado general, fuí derrotado en Paraguarí, Vilcapugio y Ayohuma.

San Martín. — ¡Pero salvaste a la Patria en Tucumán y Salta, héroe modesto!

Belgrano. — Mi gloria se oscurece ante la tuya, libertador de tres naciones.

San Martín. — Como tú, conocí la angustia de la derrota en Cancha Rayada.

Belgrano. — Mi obra es sencilla: fundé escuelas, difundí el libro y amé a los niños...

San Martín. — Y creaste la Bandera...

Belgrano. — A la que hiciste inmortal con tus victorias, altísimo guerrero.

San Martín. — Pobre y calumniado, me alejé de mi Patria para morir en el destierro.

Belgrano. — Yo terminé mis días olvidado entre los odios de la guerra civil.

Emilia (vestida de R. Argentina). — ¡No más palabras! ¡Ustedes son mis dos hijos predilectos! ¡Abrázense, Belgrano y San Martín, hermanos en el dolor y gemelos en la gloria!





AVENIDA COSTANERA

LA «Costanera», como la llaman los porteños, es una preciosa avenida. Va marcando el límite que separa el Río de la Plata y la Capital Federal. Es el balcón por el que se asoma la ciudad para contemplar el estuario. ¡Y qué agradable paisaje se domina desde allí! Muchas navecitas besan temblorosas las aguas. Más lejos, están anclados grandes buques. En un extremo se encuentra el balneario, donde se ven alegres bañistas de trajes llamativos. Y embelleciéndolo todo, el cielo se copia en el espejo ondulante del río.

II

La maestra, que había llevado sus alumnas a visitar la «Costanera», díjoles que les tenía preparada una sorpresa.

— ¿Subiremos a las calesitas?

— ¿A los aeroplanos?

— ¿Quizá iremos a pescar al espigón?

La maestra, sin disipar las dudas de sus discípulas, les hizo señas para que siguieran caminando entre las filas verde-plata de los álamos. Al llegar a un claro de la fronda, diéronse con un viejito que arrojó al aire un puñado de mies. Al instante empezó a bajar una multitud de palomas mansas. Confiadas, revoloteaban en el aire, formando un espeso enjambre que hacía imposible distinguir a su protector. Se asentaban en su cabeza, en sus hombros, a sus pies. Cada niña no tardó en levantar en sus delicadas manos a las dóciles avecillas. Con sus delantales blancos, las tímidas chiquilinas, eran otra bandada amiga. ¡Qué escena de mansedumbre y de ternura!

— ¡Aumentaron mis palomas! — exclamó, dichoso, el anciano.



EL HIMNO

GRAVE y solemne, cual profundo grito
Del alma patria en el sublime anhelo,
Remonta su cadencia al Infinito
Y allá se ensancha, en el azul del cielo.

El alma de los héroes inmortales
Palpita en sus acordes argentinos,
Con la luz de las glorias nacionales
Y aleteos de cóndores andinos.

«¡Libertad!... ¡Libertad!»... canta mi pecho,
Y «¡Libertad!»... — anuncia el Sol naciente;
¡Paz!... desde el Pilcomayo hasta el Estrecho,
Desde el picacho andino hasta el Atlante!...

¡Es la voz de la Patria redimida,
El eco portentoso de sus glorias,
El titánico aliento de su vida
Y el canto magistral de sus victorias!

F. JULIO PICAREL.
(De su libro «Por la Patria».)

EL YUYERO

CON este nombre se conoce en provincias al vendedor ambulante de hierbas medicinales. Las recoge en las orillas de los arroyos y en las faldas de las montañas. Luego, va de casa en casa con su atado fragante.

— ¡Menta, peperina, cepa-caballo y poleo!

Las viejitas provincianas, por costumbre tradicional, siempre las guardan en la alacena. Allí tienen su sitio, la menta aromática, la peperina digestiva y el paico tónico. Las toman en té o con el mate. En el baúl, entre las ropas, nunca les falta la bolsita de alhucemas, que las impregna de un fresco y agradable perfume.

El yuyero es el proveedor de ese inofensivo botiquín casero. Desde la mañanita, va gritando:

— ¡Menta, peperina, cepa-caballo y poleo!





MORRONGO

CUANDO en aquella fría madrugada de invierno, el artista regresó a su casa, notó con sorpresa que salía a recibirle Morrongo, su gato favorito.

— ¡Miau! ¡Miau! — maullaba con acento lastimero.

— ¿Sientes frío? — díjole el amo, mientras le acariciaba con suavidad el sedoso lomo.

Pero el animal, con tono cada vez más conmovedor, seguía clamando:

— ¡Miau! ¡Miau!

— ¿Estás enfermo, Morrongo? — y al preguntárselo, lo levantó delicadamente en brazos, colmándolo de cariñosos mimos.

Pero, Morrongo, no tardó en desprenderse de su protector, y desde el suelo, insistía en su afligente queja:

— ¡Miau! ¡Miau!

El artista, muy preocupado ante estas desusadas súplicas, observó que el inteligente gato parecía insistirle a que lo siguiera a la pieza vecina. Así lo hizo. ¡Y cuál no fué su asombro, cuando en la camita donde Morrongo solía dormir, vió que estaba acostado otro gatito, flaco y hambriento, al que Morrongo había recogido de la calle, dándole albergue. El artista, con toda solicitud, tapó cuidadosamente al nuevo huésped y le trajo algunos alimentos. Y mientras esto hacía, Morrongo, notando que había obtenido la aprobación de su amo por la buena acción, se envolvía dulcemente a sus pies, mirándole con profundo agradecimiento.





LA REBELIÓN DE LOS LIBROS

QUÉ holgazán era Jacinto! Los libros que su papá le había comprado, permanecían ociosos en el estante de su biblioteca. No los leía ni por curiosidad. Enojados los libros ante el poco aprecio de su dueño, una noche resolvieron sublevarse.

La primera en protestar, fué la Geometría:

— ¡Busquemos otro amo! Yo que soy la ciencia de la extensión y del espacio, no puedo permitir que me tenga apretujada en este anaquel, sin abrirme nunca.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Huyamos de aquí! ¿Acaso esperaremos a que nos consuma el polvo y la polilla? — arguyó una Gramática ladina, hinchando el lomo con ira.

— ¡Tampoco resisto más! ¡Yo seré el jefe de la sublevación! — exclamó con ronca voz un diccionario.

— Y yo que enseñe tantos derechos ¿no he de defender el mío rebelándome contra un dueño que desprecia mi compañía? — terció una Instrucción Cívica, esponjando sus hojas como una amenazadora clueca.

— ¡Sí! ¡Libertémonos! ¡Queremos otro amo! ¡Viva la sublevación! — gritaron en coro todos los libros descontentos.

En eso, Jacinto, despertó sobresaltado, volviendo de su pesadilla. Era la voz de la conciencia, que ni en sueños lo dejaba tranquilo, incitándolo al estudio y al deber.





EL CURANDERISMO

Es inútil! ¡No iré al hospital! — exclamaba empecinada doña Inés, que había enfermado de gravedad.

— Pero, su dolencia pone en peligro su vida. Consienta en que la examine un médico — le aconsejaban sus parientes.

— ¡No! ¡Jamás! Tengo más fe en don Ambrosio, el curandero. Con unos cuantos yuyos y algunas pala-

bras secretas, me sanará — insistía con pertinacia la enferma.

Pero, tantas fueron las súplicas de los suyos, que doña Inés aceptó trasladarse al hospital para su curación. Allí los médicos comprobaron la suma gravedad de su estado y resolvieron efectuarle una rápida intervención quirúrgica. Operada con toda felicidad, la paciente no tardó en restablecerse. Y una vez que fué dada de alta, retornó a su hogar, llevando una profunda gratitud por las atenciones espontáneas y humanas que había recibido. Ahora, doña Inés cree en los médicos y en su ciencia.

— Vaya al hospital para que lo examinen los hombres de guardapolvo blanco — díjole doña Inés al mismo don Ambrosio, el curandero, que se quejaba de ciertos dolores que padecía.





EN LA CASA NUEVA

CHICOS, busquen las herramientas! — dijo el padre dirigiéndose a sus hijos.

Los pequeños corrieron a levantar el cajón donde se las guardaba.

— ¡No olviden la pala, el pico y la barreta!

— ¿Y adónde las llevaremos, papá?

— Bajo el tala del fondo; hay que hacer un nuevo corral.

— ¿Y por qué abandonaremos el que ya tenemos tras de la casa? ¡Es tan cómodo! ¡Está tan cerca!

— Es que su proximidad a nuestras viviendas constituye un peligro para la salud. Los malos olores

son incómodos y las moscas que allí se crían originan contagios.

Los niños, ayudando alegremente al padre, y repartiéndose el trabajo, construyeron el nuevo corral. Era de palo a pique, con su bastidor, y en el centro, el tala que servía a la vez de palenque y enramada.

— Hecha la casa, hay que ofrecerla a sus inquilinos — les dijo el padre.

Los chicos, de inmediato, fueron a traer el asno, el petiso y la vaca lechera.

— ¡Pasen! ¡Pasen! ¡No les cobraremos el alquiler adelantado! — dijo con gracia Manuel.

— ¡Pero cuiden que esta criatura no abra portillos! — agregó Luis, acariciando al ternerito.

— ¡Y vivan en paz, porque queremos vecinos tranquilos! — observó Juanita.





DEBERES DEL PRESENTE

EL abuelo, que había asistido a la Expedición contra los Indios en 1879, a las órdenes del General Roca, conversaba con su nieto recordando episodios de su campaña, y díjole:

— Eran tiempos duros. Teníamos que avanzar y avanzar siempre, empujando a punta de bayonetas al malón. Después de muchos combates, rescatamos para la civilización el Sud argentino, hasta la frontera de Río Negro. Ahora, esas regiones están cubiertas de estancias y ciudades, sin que los extranjeros que las pueblan sepan los sufrimientos y el heroísmo que reclamó su conquista. Los soldados volvimos a

Buenos Aires, pobres, muy pobres, algunos harapientos, muchos heridos, pero el corazón nos golpeaba de orgullo dentro del pecho por habernos sacrificado por la Patria.

— ¡Abuelo! ¡Yo también quisiera ser un patriota y servir a la República como lo hiciste tú! — exclamó el niño en un transporte de entusiasmo.

— ¡Santa aspiración! Pero si quieres cumplirla, no basta admirar lo que hicieron nuestros héroes en los tiempos pasados, sino en saber qué obras harían ellos en la hora presente, y luego consagrar todo el esfuerzo y el amor de que seas capaz, para realizarlas.



LA ESCARAPELA

SIMBÓLICA escarapela
de cinta celeste y blanca,
en tus pliegues hay la tierna
caricia de una mirada,
y el punto final de un beso
que nos ofrece la Patria.

MIGUEL A. CAMINO.

(De su libro «Chaquiras».)





UN HIJO MODELO

CUÁNTO celebro encontrar a Ud., doña Hortensia!
— ¡Mayor placer es el mío, señor Fernández!

— ¿Y cómo está su familia, señora?

— Todos bien, aunque siempre muy preocupada con mis hijos.

— En cambio, yo tengo un hijo modelo.

— ¿No le hace renegar a Ud.?

— ¡Nunca!

— ¿No dice alguna mentira?

— ¡Jamás!

— Pero ¡señor Fernández! Supongo que cometerá alguna travesura, aunque más no sea que colgarse de un tranvía aprovechando un descuido de Ud.

— ¡Hasta ahora no incurrió en una sola desobediencia!

— Pero... séame franco... al menos comerá un terrón de azúcar sin su permiso...

— ¡Estoy segurísimo que no lo hizo!

— ¡Es maravilloso! ¿Y qué edad tiene su hijo?

— Ha cumplido los tres meses.

Así, Carmencita, hacía hablar a un muñeco y a una muñeca de trapo, hechos por ella misma, y a los que luego vistió a la última moda. ¡Qué feliz es la niña con sus juegos inocentes! Nunca pide a sus padres juguetes caros. Le basta con los que ella fabrica, dándoles vida con su amor, su alegría y sus ocurrencias.





LA CASA HISTÓRICA

HAY en la ciudad de Tucumán un rancho humilde. Es de hechura antigua, de paredes bajas y techo de dos aguas. Lo protege una urna de cristal. Mármoles y bronces dicen en sus inscripciones de la veneración que el pueblo le guarda. Peregrinos de todos los puntos de la República lo visitan devotamente. Es que en esa modesta casita reuniéronse los delegados de las provincias argentinas para jurar la Independencia el 9 de Julio de 1816.

Nuestra Libertad, como un niño en su cuna, vió allí la luz de su primera mañana.

LA FIEBRE TIFOIDEA

LA fiebre tifoidea es una enfermedad que causa muchas víctimas. Por cada cien atacados, mueren, por lo general, de quince a veinte. Y como en ciertas provincias su difusión es apreciable, sobre todo en el Otoño, conviene que los niños conozcan las medidas para preservarse de tan grave mal.

No deben comer verduras crudas ni tomar agua que no haya sido hervida y filtrada. También hay que evitar la propagación de las moscas, porque ellas constituyen otro medio poderoso de contagio.

Pero nuestros habitantes de la campaña suelen mostrarse reacios a las más elementales medidas de higiene. Acostumbran construir los pozos negros muy cerca de los pozos de agua, determinando así la infección inevitable de las aguas.

Desde que París no toma agua del río Sena, ni Viena las del río Danubio, la fiebre tifoidea decreció notablemente en esos grandes centros. Igual fenómeno

ocurrió en Buenos Aires, desde 1869, fecha en que Sarmiento la dotó de un servicio de aguas corrientes.

Practiquemos, pues, los preceptos higiénicos, recurramos a la vacuna antitifoidea en caso de peste y secundemos a los poderes públicos con todos los medios a nuestro alcance en su lucha contra este peligroso mal. Así lograremos su pronta extirpación.





CAMPERA

UN cuento, don Robustiano! ¡Un cuento! — exclamaron a la vez Ernesto y Jorge, dirigiéndose al viejo capataz de la estancia.

— Pero, niños..., si hasta la memoria voy perdiendo. Con todo, les contaré un caso verdadero — respondió el complaciente gaucho, armando su cigarro de chala.

¿Distinguen aquel potrillo overo que está a la sombra de ese algarrobo? ¡Pues nadie diría lo que costó acostumbrarlo a que vea la gente! De puro redomón, andaba alzado por el matorral. Cuando sentía el lazo en el cuello, bufaba enloquecido, dán-

dose de costaladas contra el suelo. ¿Y saben cómo hicimos de él un potrillo tan educadito y servicial? Una vez lo boleamos en el monte, y sin más ceremonias, lo acollaramos con un burro viejo que servía para los mandados. ¡Sólo Dios sabe las coces y mordiscos que recibió el bueno del asno de su salvaje amigo! Pero lo cierto fué, que desde el día siguiente, el burro aparecía todas las mañanas por las casas, trayendo casi a la rastra al potrillo chúcaro. Así se fué civilizando poco a poco. ¡Y allí lo ven ahora, transformado en un sillero de andar más suave que una maroma!

Y por eso no más ha de ser, mis amiguitos, que sus libros les enseñan que ni los castigos ni los sermones pueden tanto como una buena compañía.





EL TURISMO

NUESTRA patria tiene muchas bellezas naturales. Paisajes del mar, del bosque y la montaña, cataratas, lagos y ruinas. Todo en un clima benigno y bajo un cielo hermoso. Se recorre nuestro pintoresco país con el mismo placer con que se hojea un álbum. Por eso una caravana de extranjeros nos visita. Coleccionan objetos indígenas y obtienen notas y fotografías de los sitios que admiran. Se llaman turistas. Nos beneficiamos con su venida, no sólo por lo que gastan en hoteles y ferrocarriles, sino porque así cul-

tivamos una amistad más profunda con las naciones de donde ellos proceden. Proporcionándoles más comodidades y mejorando nuestras vías de comunicación, fomentaremos el desarrollo de esta nueva fuente de la riqueza nacional.



LA VOZ DEL AIRE

TUVIMOS una agradable sorpresa. El maestro mandó a Juan y a Ernesto que clavaran dos punteros sobre el techo de la escuela y que uniesen sus extremos libres por un alambre. Luego, tomó un cajoncito para tizas y en su interior puso una piedrita llamada galena, a la que combinó con algunas pequeñas planchas de bronce, hilos, tornillos y una especie de carretel. Distribuyó y ajustó estas diferentes piecitas, formando un aparato muy simple, tan sencillo como el mecanismo de un juguete. ¡Y aquí fué el milagro! Con un teléfono que cada alumno iba aplicando a su oído, escuchamos cantos, discursos, curiosas noticias, una zamba punteada y hasta una clase en francés.

— ¿De dónde viene esa voz? — preguntó maravillado Simón.

El maestro le dijo:

— Es la voz del aire. Otra conquista de la ciencia. Una persona que habla puede ser escuchada a larga distancia por este invento que se llama la radiotelefonía. Estudien, asistan a la escuela y pronto verán cómo la naturaleza les irá revelando sus bellos misterios.

LA VISITADORA DE HIGIENE

Cierta mañana, llegó de visita a la casa de Fernando una señorita muy amable. Conversó animadamente con los padres del niño y con sus hermanitos menores. Para todos tuvo una pregunta discreta y un consejo útil. Se interesó por la salud de las criaturas, examinándoles los dientes y la vista. Los exhortó a ser limpios y ordenados. Les indicó los alimentos más convenientes para su edad y cómo debían distribuir el tiempo del trabajo y del descanso. Ella misma les enseñó prácticamente la manera de airear y desinfectar las ropas y las habitaciones. Luego, se ofreció para acompañar a Luisita al hospital, que por haber estado enferma de coqueluche, necesitaba una prescripción médica en la convalecencia.

Los padres de Fernando, con entera confianza, satisficieron todas sus preguntas, reconocidos ante el interés maternal que la amable desconocida se tomó por la salud y la felicidad de ese humilde hogar. Al despedirse, les dijo:

— Soy la visitadora de higiene escolar. Volveré periódicamente a visitarlos. Por mi intermedio, la acción de la escuela, sale del aula, para llegar hasta la misma casa de padres y alumnos, a fin de educar mejor, sembrando el bien.



EL NIDO AUSENTE

SÓLO ha quedado en la rama
un poco de paja mustia
y, en la arboleda, la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar.
y, cantando, llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

LEOPOLDO LUGONES.



UN CONCURSO

CIERTA vez, el maestro de una escuelita rural, quiso poner a prueba la habilidad de sus alumnos en el manejo del lazo y las boleadoras. Los chicos, hijos de paisanos, tenían predilección por esas diversiones. Los llevó a un rastrojo cercano, donde los pequeños gauchitos demostrarían su pericia en esos juegos propios de la campaña argentina.

¡Cuánta animación entre los paisanitos! ¿Quién de los treinta concurrentes resultaría vencedor? Ya lo veremos en la cancha que se eligió para la prueba.

II

¡JUANCITO, TRIUNFADOR!

Las boleadoras consisten en tres bolas de quebracho, forradas en cuero y que penden de hilos, unidos en su extremo por un mango corto. Se las arroja a la distancia sobre un animal que huye. Si el tiro es certero, las bolas van a enredarse en las patas de la bestia, impidiendo su fuga. Los hijos de los campesinos, desde pequeños, usan boleadoras en miniatura. Ellos les llaman *las libres*. Empiezan por ejercitarse tirándolas a las canillas de algún pollo del vecino, que entró a escarbar en la hortaliza.

Cuando llegó el momento del concurso, los treinta gauchitos alistaron sus boleadoras. A una señal convenida, el maestro soltó un avestruz, todavía pichón, que hacía las veces de presa. ¡Cuánta nerviosidad! ¿Quién lo cazaría? Una tras otras, las treinta boleadoras, fueron hendiendo el aire. Parecían pulpos con alas. Con sus brazos abiertos, formando en el aire una rueda de tres radios, buscaban el blanco a que eran dirigidas. Por fin, Juancito, el más diestro, envolvió con las suyas las patas del ave. ¡Cuántos aplausos! ¡Fué el triunfador!

III

¡GAUCHITO COMPLETO!

Después de la prueba en el manejo de las boleadoras, vino la disputa para saber cuál paisanito arrojaba mejor el lazo. El lazo es una cuerda de cuero trenzado. En uno de sus extremos tiene una argolla. Por allí se introduce la otra punta, formando un círculo corredizo o «armada». Se lo arroja al cuello o a las patas del animal. Lo primero se llama *enlazar*, lo segundo es *pealar*.

El maestro largó un ternero arisco para que los alumnos lo enlazaran. ¡Con qué soltura los disputantes ensayaban puntería! Revoleando por sobre la cabeza, cuidadosos de que la *armada* no se cerrara o torciera, medían la altura y la distancia del tiro. El ternero, escurría la cabeza, o dando algunos saltitos, se libraba de caer prisionero. Cuando le tocó el turno a Juancito, arrojó su lazo con la gracia de una serpiente. Luego, envolviéndose la punta en la cintura, clavado el pie en tierra, resistió el cimbrón del ternero aprisionado, como si hubiera echado raíces.

— ¡Bravo! ¡Bravo, Juancito! ¡Eres un gauchito completo! — díjole el maestro, entregándole un talerito de cabo plateado como premio a su habilidad.

IV

¡NI TABA NI GALLOS!

El maestro quedó muy satisfecho del entusiasmo con que los alumnos participaron en los juegos criollos. Juancito fué el héroe de esa fiesta de la destreza y la alegría. Todos, sin embargo, demostraron habilidad y pujanza para disputarle el triunfo.

El maestro, díjoles al despedirse:

— El gaucho argentino amaba estos deportes a cielo abierto. Revelan vigor y sagacidad. Me agrada que ustedes los cultiven con afán. En cambio, quisiera que nunca imiten otras diversiones que afean el alma del paisano. Me refiero a la riña de gallos y al juego de la taba. Son dos vicios. QUITAN el tiempo, el dinero y el corazón.



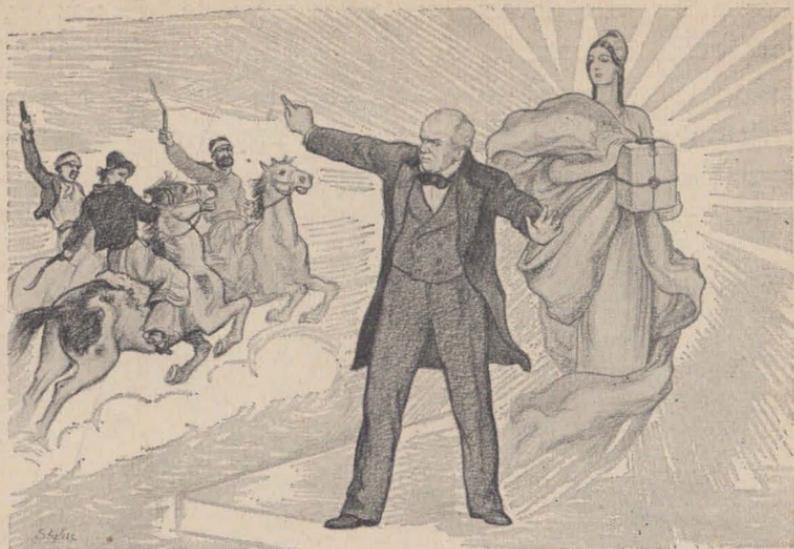


LOS COYAS

SUELEN bajar desde Bolivia a los pueblitos de las provincias del Norte. Les caracteriza su poncho corto y a rayas vivas. Al hombro llevan unas alforjas listadas, donde guardan yerbas medicinales y botecitos con pomadas curativas. Son los médicos de la montaña, a cuyos ranchos llegan a pie, después de recorrer incalculables distancias. Casi nunca ríen, ni hablan, ni se quejan. Van en fila de a uno, como presidiarios. ¡Qué diferencia hay entre la llegada de los gitanos y la de los coyas al rancherío pueblerino!

Los niños ven florecer en cada tribu de gitanos un
jardincillo encantado, de músicas, bailes, panderetas,
animales amaestrados y vistosas adivinas. Los coyas,
en cambio, atraviesan cabizbajos los caminos, como
avecitas sufridas y tristes.





LOS CABALLOS NO VOTAN

SORPRENDIDO ante el raro movimiento que se notaba en las calles del pueblo aquel domingo, Leopoldito preguntó:

— ¿Qué ocurre, papá?

— Hoy es día de elecciones.

— ¿Y por qué despiertan tanto interés?

— Es que se debe elegir una persona para que mande en esta provincia y la gobierne. Por eso se llama gobernador. El doctor Fernández y el señor Díaz desean ocupar este honroso puesto. Y el pueblo

ha sido citado hoy para que decida cuál de los dos debe ser el elegido.

— ¿Y por qué mi tío dice que éstas son elecciones tranquilas?

— Es que en algunos pueblos atrasados, suelen ocurrir disturbios. La gente dispara tiros y comete hechos de sangre, en vez de ir tranquilamente a depositar la boleta con el nombre de la persona preferida. Creen, en su ignorancia, que es una obligación en este día ponerse botas, calzar espuelas y montar a caballo llevando un revólver al cinto. Ellos llaman a eso, equivocadamente, *hacer política*.

Una vez Sarmiento, al ver pasar esa innecesaria caballada, les gritó:

— ¡Bárbaros, los caballos no votan!...

Si todos hubieran asistido a la escuela, como tú ahora lo haces, Leopoldito, siempre habría elecciones tranquilas.



UNA CORRIDA DE AVESTRUCE

YA están los cazadores en plena salina. Van a caballo, con los perros listos para lanzarlos al ataque. A lo lejos, distinguen una manada de avestruces. De inmediato, se abren sigilosamente en abanico, tratando de rodear a las desconfiadas aves. ¡Con qué cautela avanzan cerrando el círculo alrededor de ellas! Una vez que han estrechado el cerco, azuzan de improviso a los perros y animan las cabalgaduras. ¡Qué momentos! Los avestruces huyen devorando el llano. Los perros, tendidos en carrera, parecen formar una horizontal con el cuerpo y las patas; salvan a saltos las matas de jume y sus quejidos delatan la anhelosa ansiedad por atrapar la presa. Pronto llegan al costado de un avestruz. ¡Dramática persecución! El ave, entreabriendo sus alas, engañándolos con sus blancos plumeros, gambetea ayudada por el viento. ¡Qué expectativa! ¡Y todo entre el desordenado vocerío de la peonada y el sonoro galo-

par de los caballos! Ya los galgos saltan buscando el cuello del ave; los peones aprestan las boleadoras; suena un tiro... El avestruz, apenas herido, disminuye velocidad y no tarda en caer aprisionado entre los lazos de unas boleadoras.



VOCABULARIO:

Salina. *Lugar llano de donde se extrae la sal.*

Jume. *Pequeño arbusto que crece en las salinas.*

MI PADRE

Mi padre: Nicolás Herrero y Garrido,
fué bueno: amaba el árbol, el pájaro y el nido.

Su infantil diversión, era una pajarera
en la cual toda clase de pájaros había.

Oyéndolos cantar pasó la vida entera.

Mi padre era una dulce rosa de poesía.

Las fiestas, los domingos, con inocente anhelo
a coger pajarillos nos íbamos los dos.

¡Oh, padre mío! Ahora debe andar por el cielo
cuidando los pájaros de Dios.

PEDRO HERREROS.



CLUB DE NIÑOS JARDINEROS

EL director ha formado con los alumnos de la escuela un «Club de niños jardineros». Cultivan el huerto escolar. Además, aprenden a criar gallinas, patos, gansos y otras aves de corral. A fin de comprobar quién aprovechaba mejor las enseñanzas, el director dió a cada niño un pollito fino para que lo cuidara en su casa. Cuando fuera grande, el dueño debía presentarlo a un concurso, donde sería premiado el que resultara mejor. Algunos pollitos murieron por falta de atenciones; otros se desarrollaron raquíuticos

porque no se les daba alimentos ni albergue adecuados; pero, en su mayoría, crecieron sanos y hermosos. Llegado el momento del concurso, cada niño se presentó con el suyo. ¡Qué simpática variedad de razas! ¡Cuánta diversidad de plumajes, tamaños y formas en ese mundo alado! Pedrito exhibió una gallina catalana, de plumas negras y mejillas blancas.

— Es una monjita — dijo Ernesto acariciándola.

Héctor trajo una gallinita pigmea.

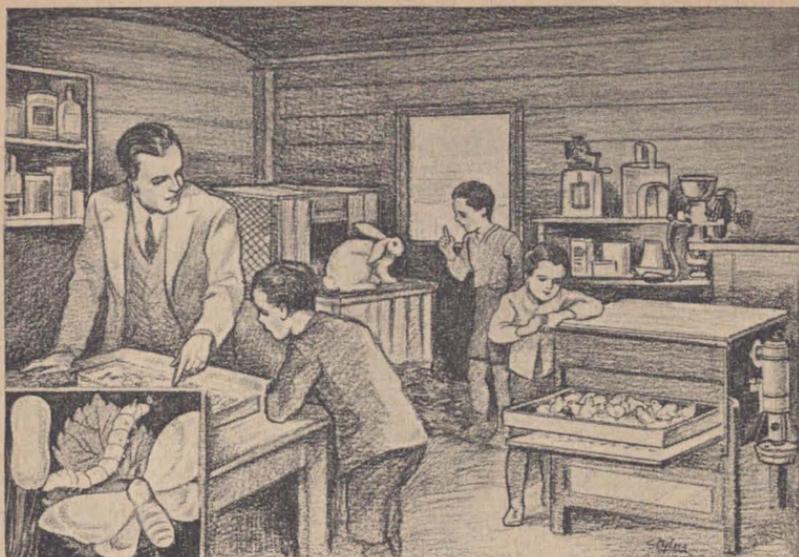
— Cabe en el bolsillo de mi guardapolvo — observó Erasmo, haciendo ademán de guardarse ese diminuto capullo de plumas.

Alberto, apelando a todas sus fuerzas, sacó de su jaula un hermoso gallo, de color leonado, de perfectas formas, y tan calchudo, que le costaba caminar.

— Parece un gaucho con chiripá — dijo sonriente Arnaldo.

El jurado otorgó el premio al gallo de Alberto. Luego, se lo remató, y al recibir el dinero, Alberto dijo que lo invertiría en la compra de nuevas aves de corral.





EL TREN - EXPOSICIÓN

LA víspera había llegado a la ciudad el tren-exposición. Maestro y alumnos fueron a visitarlo. Era un convoy formado de varios vagones. En lugar de pasajeros, traía aves, conejos, abejas, gusanos de seda, frutas y una gran diversidad de maquinarias.

— Es una granja que rueda — observó Edmundo, con acierto.

Un señor muy amable con los niños, les mostró todas las novedades de su curioso equipaje.

— Este aparato se llama incubadora. Reemplaza a muchas cluecas. Empolla y cría los pollitos.

— ¿Será la gallinita de los huevos de oro? — insinuó Félix, con travesura.

— Estos son conejos finos. Al lado están las instalaciones modelos a fin de que produzcan mayor rendimiento al chacarero.

— ¡Quieto, conejito! Se llevará un tironcito de orejas si saca la cabeza por la ventanilla del tren — díjole Luis, acariciándolo.

Después, el agrónomo les enseñó cómo se obtiene por un modo sencillo el queso y la manteca.

Lo barato que cuestan los artefactos para conservar frutas caseras. Los entusiasmó para que criasen gusanos de seda, cuyo fácil cuidado está al alcance de un niño. Por fin, les mostró los remedios y las inyecciones para combatir las pestes de los animales, en vez de oraciones y recetas de adivinos.

¡Cuántos conocimientos útiles! ¡Qué novedades provechosas para extirpar la rutina de los campesinos!

— Diré a papá que en la quinta de casa aplique estas enseñanzas — decía de vuelta Reynaldo, mientras hojeaba un librito que le habían regalado con las figuras y consejos de lo que vió y oyó en el tren-exposición.

EL MAL DE LÁZARO

EN Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe existe una enfermedad que aflige a muchos seres. Se llama la lepra. Este mal no se hereda, pero es muy contagioso. Los niños pueden adquirirlo después de los seis años. Ataca a la piel y se transmite especialmente por el estornudo y la tos del enfermo. El medio más eficaz para evitar su propagación, consiste en aislar a los leprosos en colonias especiales. Se los cura con aceite de chalmoogra. En Noruega, se ha conseguido en pocos años reducir de 2.800 a 450 el número de atacados. Propendamos a que en nuestra patria se produzca igual milagro. Mientras tanto, aliviemos con un sincero sentimiento de piedad y de protección social a los que sufren el mismo mal que atormentó a Lázaro.

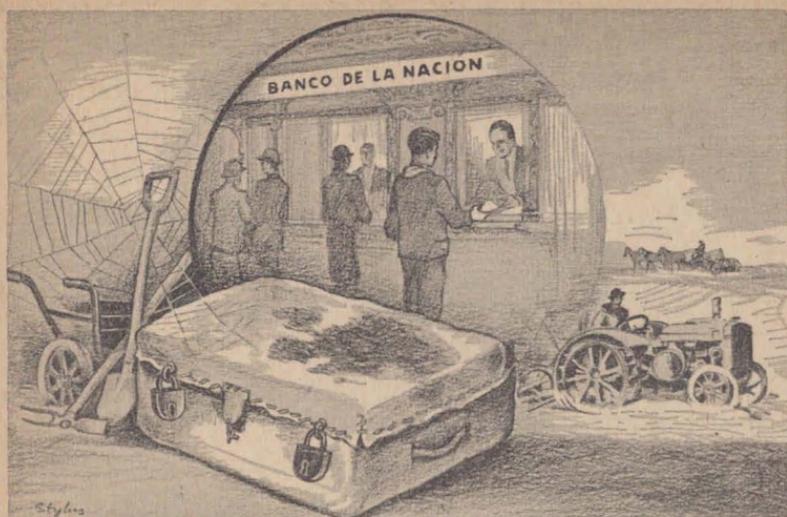
QUE SEA HASTA EL FIN VESTIDO BLANCO

TEN cuidado que manchas el vestido
con el jugo que vierte ese durazno!
¿No sabes que las manchas de esa fruta
al agua y al jabón dejan burlados?

Evita en tu vestido toda mancha
que no pueda quitársele al lavarlo;
que se rompa y se acabe, eso no importa,
pero que sea hasta el fin vestido blanco.

VICENTA CASTRO CAMBÓN.

(De su libro «Cajita de música».)



LA PETACA

LA abeja que elabora su miel cuando abundan las flores y los frutos, para tener con que vivir en invierno, nos da un simpático ejemplo de previsión y de ahorro. La hormiguita, con igual diligencia, almacena sus alimentos en la estación calurosa, a fin de no morir de hambre cuando los fríos hielen los campos. Ambos animalitos, en la época de la abundancia, no consumen todo lo que su trabajo les produce. Guardan, ahorran una parte, para resistir los días de escasez. ¿Y por qué nuestros campesinos viven siempre con la amenaza del mañana? ¿Por qué

su felicidad depende del capricho de un mal año o de una buena cosecha? Si supieran ahorrar, transformarían en tranquilidad y confianza lo que ahora es inseguridad y peligro.

Hay algunos que ahorran, pero lo hacen escondiendo el dinero en un mueble de la casa. Temen colocarlo en los bancos, y lo ocultan en el fondo de la *petaca*... Es un error. Los bancos son establecimientos, no sólo absolutamente seguros, sino que devuelven más de lo que en ellos se deposita. ¡Nos pagan por el favor que nos hacen de custodiar nuestro dinero! Además, los bancos no inmovilizan ese capital. Lo prestan a las personas que desean trabajar, propendiendo así al engrandecimiento de la patria. Por eso nuestros campesinos deben preferirlos a la *petaca*...



ELECCIÓN DE OFICIO

EN qué piensan trabajar cuando sean grandes? — preguntó el maestro.

— Yo, de panadero, como mi padre — contestó Fernando.

— Seré peón en la estancia del doctor — dijo Luis.

— Quisiera ser músico. Todas las canciones que aprendo en la escuela, las ejecuto, de oído, con mi flauta de caña — respondió Enrique.

— Yo, cambio siempre de patrón. Pegaba etiquetas a las botellas en una fábrica de licores; después, servía para los mandados a un almacenero; al fin, acompañe como lazarillo al ciego Ramón — dijo Ernesto.

— Me basta lo escuchado para conocer sus inclinaciones — les interrumpió el maestro. — Les daré un consejo oportuno.

Para ser feliz hay que abrazar un oficio. Para esto, lo primero es tener vocación. Que el alma nos llame a un determinado trabajo. Por eso, Enrique es

de todos Uds. el que triunfará más fácilmente, porque él siente honda afición por la música, al cultivo de la cual se dedicará más tarde. También es indispensable consultar las condiciones propias de nuestro organismo. ¿Cómo podría un joven débil por naturaleza, un hijo de tuberculosos por ejemplo, ejercer el oficio de panadero? Ese trabajo lo mataría prematuramente. Pero, lo peor es lo que acontece con los jovencitos, que como Ernesto, hoy trabajan de aprendices en una fábrica, mañana en otra, y así continúan en constante rotación, nada más que porque en un sitio les ofrecen algunos centavos más de jornal. A la larga se quedan sin ningún oficio.

Niños: vocación, condiciones físicas apropiadas y mucha perseverancia; he ahí lo que les dará pericia en los trabajos manuales, y quizá la gloria, si se deciden por ejercitar las actividades de la inteligencia.



ÍNDICE

| | <u>PÁG.</u> |
|--|-------------|
| Prólogo..... | 5 |
| El amigo..... | 11 |
| La Capital Federal..... | 15 |
| Madre provinciana..... | 15 |
| El alemancito..... | 16 |
| El puerto..... | 18 |
| Un fantasma..... | 19 |
| El baratijero..... | 21 |
| El ruego del libro (verso)..... | 23 |
| Las banderas..... | 24 |
| El cabrito..... | 26 |
| La pequeña madrina..... | 28 |
| I. Aventuras de una hormiguita..... | 30 |
| II. Las vías de comunicación..... | 31 |
| III. Debemos defender los bosques..... | 32 |
| IV. ¡Os llama el campo!..... | 32 |
| V. El regreso..... | 33 |
| Cruces..... | 35 |
| Azul y blanca (verso)..... | 37 |
| El cartero de campaña..... | 38 |
| Un mensaje..... | 40 |
| Carnaval campesino..... | 42 |
| Visita al Museo Histórico..... | 44 |
| La República Argentina..... | 46 |
| Las calesitas..... | 47 |
| La coca..... | 49 |
| El amigo de los pájaros..... | 51 |
| La libreta vacía..... | 53 |
| Lluvia (verso)..... | 55 |

| | Pág. |
|--|------|
| I. Carta..... | 56 |
| II. La encomienda..... | 57 |
| El cementerio de la aldea..... | 59 |
| Arbolito de Navidad..... | 61 |
| El Jardín Botánico..... | 63 |
| El caballo del pobre..... | 65 |
| La costurerita..... | 66 |
| Jugando al teatro..... | 68 |
| Avenida Costanera..... | 70 |
| El Himno (verso)..... | 72 |
| El yuyero..... | 73 |
| Morrongo..... | 74 |
| La rebelión de los libros..... | 76 |
| El curanderismo..... | 78 |
| En la casa nueva..... | 80 |
| Deberes del presente..... | 82 |
| La escarapela (verso)..... | 84 |
| Un hijo modelo..... | 85 |
| La Casa Histórica..... | 87 |
| La fiebre tifoidea..... | 88 |
| Campera..... | 90 |
| El turismo..... | 92 |
| La voz del aire..... | 94 |
| La visitadora de higiene..... | 95 |
| El nido ausente (verso)..... | 97 |
| I. Un concurso..... | 98 |
| II. ¡Juancito, triunfador!..... | 99 |
| III. ¡Gauchito completo!..... | 100 |
| IV. ¡Ni taba ni gallos!..... | 101 |
| Los coyas..... | 102 |
| Los caballos no votan..... | 104 |
| Una corrida de avestruces..... | 106 |
| Mi padre (verso)..... | 108 |
| Club de niños jardineros..... | 109 |
| El tren-exposición..... | 111 |
| El mal de Lázaro..... | 113 |
| Que sea hasta el fin vestido blanco (verso)..... | 114 |
| La petaca..... | 115 |
| Elección de oficio..... | 117 |

